pezó á gritar : ¡ Afuera Riouffol!... ¡ Ya no pertenece á la *Unión* ! ¡ Afuera !... En ese momento sintió que le tocaban en el brazo y le tiraban de la manga con tal insistencia, que temió fuese una invasión del estrado. Se volvió y reconoció al portero de Rumesnil :

— Tengo una carta para usted, señor Monnerón, le dijo en voz baja. Venga usted ; abajo hay un coche esperando. Ocurre algo muy grave.

La fisonomía del portero prestaba á sus palabras un comentario tan elocuente, que el joven se olvidó del tumulto y de sus amigos á quienes al parecer dejaba abandonados en el peligro. Y de un brinco bajó del estrado sin que nadie notara su desaparición en la acalorada contienda. Cuando llegó al cuarto de la junta rompió el sobre de la carta temblándole la mano. Sólo contenía cuatro líneas escritas por Rumesnil con pulso alterado : *Julia está herida. Ven en seguida para llevarla á tu casa. Yo no lo puedo hacer por estar herido también. El médico dará detalles. Pero es preciso venir pronto. R...*

XII

EL PADRE Y EL HIJO

Los himnos revolucionarios podían resonar más feroces y amenazadores que la asquerosa *Carmañola* ; Riouffol y sus sicarios, injuriar al sacerdote inocente, cuya única falta era creer en la buena fe de sus adversarios ; toda la *Unión Tolstoi*, en fin, revelar la insanidad de su principio y presentar el aspecto salvaje reservado á nuestro desgraciado país, si alguna vez llegasen á triunfar las infantiles doctrinas del socialismo ; Juan ya no oía las vociferaciones, ni veía el sitio donde estaba, incapaz de pensar en otra cosa que en las palabras de la terrible carta. La volvió á leer otra vez, y preguntó al portero :

— ¿ Está el médico en el coche ?

— Sí, contestó. Es el doctor Graux.

Este señor Graux era un facultativo de barrio que visitaba casi todos los días á la madre de Rumesnil. Todavía se encuentran en París al lado de los profesores justamente ilustres, á quienes falta el tiempo, y de los charlatanes sin conciencia á quienes hay que

rogar para obtener una consulta de cien francos, modestos doctores que desempeñan el cargo, antes tan frecuente y hoy tan raro, de médico de familia, siempre á mano y siempre discreto, y que, conociendo á sus clientes, es naturalmente su amigo y consejero. Graux de Lourdes, como llamaba Rumesnil á este excelente hombre por su devoción, era objeto de las burlas del joven noble, que había dicho muchas veces á Juan : En todo París no había más que un médico que fuese católico practicante, y mi madre ha dado con él... Esta zumba de libre pensador no fué obstáculo para que, habiendo tenido necesidad en una crisis de contar con un hombre de quien poder fiarse, buscase á este buen cristiano con preferencia á los camaradas complacientes que conocía entre los internos de hospitales, y aun en los grupos socialistas, tal como á Bobetiere. Por una casualidad en que de seguro no había soñado, esta elección fué en aquella circunstancia una caridad para Monnerón. Preocupado como estaba de las cuestiones religiosas, Juan había tenido el invierno pasado con el doctor Graux, y precisamente en casa de Rumesnil, una de esas conversaciones de ideas que engendran entre dos hombres un lazo secreto espiritual. Al día siguiente de esta conversación, el médico le había remitido un opúsculo publicado entonces sobre la vida de uno de sus colegas, el doctor Clermont. Este nombre de uno de los discípulos del gran Potin merece sacarse del olvido, no sólo porque fué el de un justo en toda la extensión de esta hermosa palabra, sino también porque este humilde sabio compuso antes de morir una meditación, impresa en este opúsculo y que contiene una de las líneas más nobles que jamás haya trazado una mano humana : ¿ *Adónde iríamos sin el noble dolor* ?... Admirable frase que Juan

había repetido muchas veces desde que la leyó, con emoción de literato, primero, sin sospechar que el íntimo amigo del que la había escrito intervendría en la hora más cruel de su juventud. No se acordó claramente de este detalle cuando el portero de Rumesnil le indicó la presencia del señor Graux en el coche. Sintió un gran alivio al saber que éste y no otro iba á intervenir en una aventura de la que aún no conocía más que el resultado trágico, y acaso no por entero... Pero, aunque hubiera sido otro el que le estaba esperando, no habría salido con menos precipitación abriéndose paso por entre los vocingleros que obstruían la escalera, sin escuchar los ultrajes de los que empujaba. Por fin pudo llegar hasta la puerta, y entonces oyó al portero de Rumesnil llamar al cochero que estaba esperando. El coche se acercó, se abrió la portezuela y Juan se sentó al lado del doctor Graux, mientras que el portero subió al pescante y dió las señas al cochero, que puso el caballo al trote.

— ¿ Mi hermana no está más que herida ?... preguntó clavando la vista en el doctor, como quien espía la verdad en los pliegues más imperceptibles del rostro.

— No está más que herida... respondió el doctor, y adivinando la atroz aprensión del hermano, añadió : le doy á usted mi palabra de honor... Ha querido suicidarse ; pero Ademar ha tratado de desarmarla. Entonces se disparó el arma, y una bala le ha atravesado la mano izquierda y el puño. Por eso no ha tenido la fuerza de impedir que la infeliz llevase á cabo su proyecto, y Julia se ha disparado un pistoletazo aquí... (El doctor señaló el lado izquierdo del pecho) Tengo la convicción de que la herida no tendrá graves consecuencias. He sentido la bala en la región del omoplato donde ha ido á alojarse. El proyectil ha debido chocar

oblicuamente sobre la quinta ó sexta costilla resbalando á lo largo del tórax. Hasta ahora no hay más que abundante hemorragia sin vómitos de sangre. Según toda verosimilitud, no es cuestión más que de una herida poco profunda .. Su hermana de usted ha tenido una violenta crisis nerviosa cuando volvió en sí y se encuentra muy débil. Más cuidado me inspira Ademar que no ha querido que le hagan más que una ligera cura, y se ha negado á ir á su casa antes de encontrarle á usted. Le aseguro á usted, señor Monnerón, que vale más que su vida...

Juan no respondió. A través de tantas emociones, esta defensa discreta del infame amigo que había seducido á su hermana, le indignaba sin poder protestar en el coche y ante el médico que le había enviado. Tampoco se atrevía á preguntar sobre un punto enigmático y á la vez muy claro. El drama no había ocurrido en el hotel de la calle de *Varenne*. ¿Dónde, pues, había ocurrido? ¿Á dónde iba el coche corriendo por un ancho *boulevard*? ¿Cuál?... Juan había recorrido tanto el barrio cuyas calles iba atravesando, que conoció en seguida que el coche bajaba por el *boulevard* Montparnâsse y tomaba el de los Inválidos, el mismo camino que la pobre Julia había seguido cuando volvió á su casa veinticuatro horas antes. Juan ignoraba este detalle, que le hubiera causado más melancolía; pero adivinaba á dónde le llevaba el doctor Graux, y que el suicidio de su hermana había tenido por teatro una habitación de cita. En este momento, la fisonomía del médico, alegre y jovial de ordinario, estaba triste y sombría. Los treinta años que llevaba ejerciendo y su abnegación profesional le habían hecho testigo y confidente de muchas faltas. Esta miseria era muy excepcional, y esta falta cometida por uno á quien había

visto crecer y á quien había curado siendo niño, era muy escandalosa. En vano buscaba palabras para aliviar el sufrimiento que atormentaba al joven que tenía á su lado. Apenas le había visto después de su última conversación, que dió motivo al envío de la biografía de Abel Clermont. Rumesnil le había hecho un elogio entusiasta de su amigo, añadiendo con su ironía habitual: Espero que no le verá usted muchas veces, pues trataría de hacerle devoto. Demasiado inclinado está ya hacia ese lado... El doctor Graux recordó estas palabras al pasar el coche por delante de la iglesia de San Francisco Javier. Así es que tuvo la idea de dirigirse en esos instantes de terrible turbación, á esas tendencias religiosas. Ese verdadero milagro moral que se llama una conversión es obra las más veces de toda una serie de pequeños acontecimientos producidos por nuestra disposición interior. Si Mr. Ferrand, por ejemplo, no hubiese sabido las nostalgias cristianas del enamorado de su hija, jamás hubiera pensado en escribir en el sobre que contenía dinero prestado, la frase de san Agustín: *Perdidistis*... Si Juan no hubiese ostentado estas nostalgias en todas sus compañías, no hubiera interpretado como lo había hecho hace poco, el meditabundo heroísmo del padre Chanut. Si no hubiese dejado adivinar al mismo Rumesnil estos tormentos de su pensamiento, jamás los hubiera conocido el doctor Graux, ni se le hubiera ocurrido hablarle en el umbral de la funesta casa de la calle *Estrées*, en el mismo tono que habría empleado Ferrand.

Esta serie de impresiones sucesivas acabaron de determinar el gran trabajo interior, pero en realidad eran ya su resultado. Pascal decía: No me buscarías si no me poseyeses, y Gœthe: Lo que no se lleva en sí mismo, no se podría recibir. En este sentido es en el que la

fe es una virtud que resulta del esfuerzo personal y secreto de nuestra voluntad, hasta cuando las circunstancias exteriores parecen ser las que nos llevan á donde no iríamos nosotros mismos. Estas circunstancias no existirían si nosotros no las hubiéramos preparado al prepararnos. No nos damos cuenta de la parte efectiva que hemos tomado, y nos quedamos sorprendidos como de una novedad. Por eso, en el momento en que bajó del coche que por fin se había parado, el joven se estremeció de pies á cabeza al oir al médico decirle, tomándole la mano.

— Señor Monnerón, va usted á verse con un antiguo amigo de quien tiene crueles motivos de queja. Me consta que no es usted enteramente incrédulo... Acuérdese de las palabras de la Escritura : *Yo soy quien daré el premio*. Deje usted la venganza á Dios. Desde ahora puede usted ver que ya la está realizando...

Este texto sagrado, citado en aquel instante y en aquel sitio, tenía su comentario elocuente en el aspecto de la habitación arreglada para los placeres clandestinos, en la cual entraban precedidos por el portero. Hay que decir que Rumesnil no había dicho la verdad al médico. No había sido herido por casualidad al tratar de impedir el suicidio de Julia Monnerón. Era ésta la que en el delirio de la desesperación y en el curso de una explicación acalorada, había querido matarle y matarse ella en seguida. Al dirigir el arma contra él, Ademar alargó su mano izquierda para desarmarla. En ese instante salió el tiro y la bala le atravesó la mano y el puño. El dolor había sido tan agudo que el joven se desplomó, y luego se levantó asustado al oír el segundo disparo de Julia que, creyendo que le había matado, quería suicidarse. Al ver á la joven, tendida en

el suelo, sin conocimiento y cubierta de sangre, el seductor dió pruebas de ser hombre de buena raza que se porta con serenidad en el peligro. Había tenido la energía de vendarse él mismo con el pañuelo la mano destrozada, salir, llamar un coche, y mandar que le llevasen á su casa. Sin perder tiempo envió un hombre de toda su confianza á buscar al doctor Graux. En seguida volvió á la calle de *Estrées*, á donde había acudido un cuarto de hora después el médico, á quien por fortuna habían encontrado en casa. Rumesnil se había portado como gentilhombre callándose absolutamente sobre la tentativa de asesinato de que había sido víctima y explicando su herida en la mano. Ni siquiera desmintió su nobleza en el acto de valor que tuvo enviando á buscar á su camarada tan indignamente ofendido, para que no le faltase á Julia su solo protector natural desde ese triste momento. Ahora se encontraba en un cuarto que servía de sala de baño y de tocador detrás del cuarto de dormir, á fin de que su presencia no agravase la dureza de la prueba y por imposibilidad de afrontar la mirada del hermano de su querida. Allí estaba sentado en una silla en la obscuridad, sufriendo de la herida mal vendada y el oído atento, como un ejemplo vivo de la verdad de las palabras del apóstol citadas por el médico. Julia estaba tendida en la cama del cuarto de dormir. El doctor había cortado en pedazos el cuerpo del vestido para reconocerla sin desnudarla, á causa del dolor que sentía al menor movimiento. En el apresuramiento de la cura había arrojado por el cuarto los pedazos desgarrados. En la mesa brillaban los instrumentos de acero al lado de un estuche abierto, con otros objetos necesarios en estos casos. El olor del ácido fénico se confundía con el del éter empleado para calmar la crisis nerviosa de que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

había hablado el doctor. La bala disparada á Rumesnil había ido á parar de rechazo al armario y hecho añicos el espejo. En ese armario que habían abierto para sacar toallas, se veía colgada una bata de seda china, un peinador fino, camisas de seda, etc. La tenue luz de unas bujías unida á la claridad de una lámpara daba un carácter fantástico á este sitio de sensualidad transformado lúgubremente en sala de hospital. Allí, entre aquellos muebles de lujo, se había perdido la joven, que ahora reposaba, pálida, los ojos cerrados, como si estuviese durmiendo. Cuando llegó su hermano, á pesar de que éste habló por lo bajo con el doctor, un movimiento convulsivo de sus manos demostró que estaba despierta. Juan se acercó á ella y vió que tenía los ojos abiertos. La hermana le contemplaba con pasión profunda en su mirada. Hizo un ademán de cogerle la mano y lanzó un ligero gemido. Él se inclinó para darle un beso en sus lánguidos ojos. La dulzura de esta caricia, á la que correspondió dándole las gracias con voz tan débil, que él solo pudo oir, provocó un estremecimiento en sus labios, que se abrieron otra vez para implorar con voz casi apagada :

— Diles que se retiren... Quiero hablarte á ti solo. Después, cuando Juan transmitió este deseo al doctor, que se retiró con el criado al otro cuarto, preguntó : Ha muerto ¿ no es verdad ?... No mientas...

— No, respondió el hermano ; no está más que herido... Y como todavía dudase, añadió : Tiene la mano y el puño destrozados... Parece que sufre mucho, según me ha dicho el doctor, pero no es cosa de cuidado...

— ¡ Ah ! exclamó ella ¿ me perdonará jamás ?

— Tranquilízate, replicó Juan, tú no tienes nada que reprocharte. No es culpa tuya.

— ¿ No sabes que he querido matarle ?

— ¡ Has querido matarle !... repitió Juan.

— Sí, repuso la joven. He estado loca... Yo te había hablado. ¿ Por qué? No lo comprendo todavía. Tú lo sabías todo. Habías salido para ir á buscarle y acaso provocarle... Creía perderle si no me llevaba á su lado, como mujer ó como querida, ¿ qué me importaba ?... Le había escrito para prevenirle y pedirle una cita aquí, con intención de perdirle que me llevara con él, y en caso de negarse, morir delante de él. Te juro que no pensaba en vengarme, ni en amenazarle... Pero él me ha tratado con dureza... ¡ Era tan natural ! Le había entregado á ti, y él tenía esta nueva carta de Antonio... Ya la leerás. Está en el bolsillo de mi vestido. Nadie me la ha cogido, porque hace un momento la he tocado á través de la tela... Entonces perdí la cabeza... ¿ Pero no está muerto ! ¡ Ah ! yo puedo morir !...

— Tú no morirás, respondió Juan, abrazándola otra vez. El amor que la joven manifestaba por aquel á quien había querido asesinar le causaba menos mal que la generosidad que el miserable había demostrado ocultando la verdad del drama á su médico. ¿ Esta generosidad iba acompañada de otra? ¿ Su indigno hermano había recurrido otra vez á la bolsa del amante de su hermana ? ¿ Había intentado otra estafa ? Juan no perdió mucho tiempo en hacerse estas preguntas, porque habiendo añadido : ¿ Dices que hay otra carta de Antonio ?... la joven tuvo la fuerza de volverse un poco y le hizo seña de que buscara donde había dicho. Juan cogió la carta que ella había estrujado sin duda en la violencia de la escena de explicación. Esta carta le iba á recordar de cruel manera lo que había olvidado desde el momento en que el mensajero de

Rumesnil había venido á prevenirle á la *Unión Tolstoi*, que tenía un padre por cuya tranquilidad lo había sacrificado todo, y que el período de las mentiras de piedad se había acabado irrevocablemente. El tropiezo del jefe de familia optimista é ilusionado contra crueles realidades de su familia, era definitivo ahora, y la carta de Antonio á Rumesnil decía que, sobre un punto, este tropiezo había producido ya su terrible efecto. Estos eran los términos de la carta : *Mi querido amigo : Me veo obligado á recurrir otra vez á tu bondad. Te había hablado de una pequeña irregularidad en las cuentas de mi oficina. Mi jefe, que parecía haber comprendido que esta miseria no valía la pena de ser mencionada, puesto que todo estaba de nuevo en orden, ha cambiado de parecer, no sé por qué, y ha hablado á mi padre, que ha tenido conmigo una escena muy triste. En una palabra, me he salido de casa y estoy en el hotel Gallia, boulevard Saint-Germain, con el nombre de Montborón. Tengo ya un negocio importante en perspectiva que me proporcionará grandes beneficios en breve plazo. Pero para emprenderle me haría falta un pequeño capital. He contado con que tú no te negarías á adelantarme otros cinco mil francos, que con los primeros harían una cifra redonda. Todo te lo restituiré con el primer dinero que cobre en este negocio. Tan pronto como me hayas enviado la suma, recibirás algunas cartas muy interesantes para ti, que la casualidad ha puesto en mis manos. Tuyo de veras y gracias anticipadas...* ANTONIO MONNERÓN...

— Son cartas que me ha robado en mi escritorio. sin duda, dijo Julia, al ver á Juan aterrado con el papel entre las manos... Yo aparecía como su cómplice, y Ademar lo ha creído... No he sabido justificarme... Me faltaba la paciencia...

— Pero esta historia de que el señor Berthier ha cambiado de parecer y ha hablado á nuestro padre, no es cierta, ¿verdad ?...

— Yo creo que sí, respondió la joven. Antonio ha almorzado en casa esta mañana por excepción y parecía muy afectado... Cuando salí de casa, estaba allí Berthier, efectivamente. Sin esta carta no hubiera podido asociar estos dos hechos...

— Entonces ¡es verdad !... dijo el joven. Después, con acento espantado, añadió, sintiendo igual piedad por su padre y por su madre : Y ahora es preciso que sepan el resto cuando te lleve á casa... ¿Cómo les explicaremos tu herida ?... ¿Y más tarde ?...

— ¿Llevarme? exclamó Julia cuya voz recobró su fuerza para protestar contra este proyecto... ¿Vas á llevarme á casa ?... Eso no lo consentiré, Juan. ¡ No ! ¡ Jamás !...

La joven se había incorporado en la cama al hablar así, haciendo un ademán violento que desarregló el vendaje y le arrancó un grito tan agudo, que el médico acudió corriendo. El doctor había seguido esta escena de explicación desde el otro cuarto con la inquietud que le causaban los fenómenos observados antes en la joven. Ayudado por su hermano, la volvió á reclinar sobre las almohadas. En su pulso pudo observar que estaba de nuevo en una crisis muy nerviosa, y cuando Juan le contó el incidente de conversación que había provocado este acceso, dijo el médico :

— No hay más remedio que obedecerla. Sería grave imprudencia llevarla tan lejos en este estado... Mañana temprano vendré á buscarla y la llevaré cerca de aquí, al establecimiento de las Religiosas Agustinas, y procederemos á la extracción de la bala... ¿Ve usted? ya está más sosegada, y llevando al joven al otro cuarto, añadió : Es necesario que alguno pase la noche á su

lado. A usted le incumbe este deber. Yo me encargó de ir á la calle Claude Bernard á prevenir á sus padres... Les anunciaré que ha sido herida. Ya tengo inventada una historia que he tomado de los sucesos del día : Un loco escapado de Santa Ana disparó sobre los transeuntes y la ha herido... Diré que me encontraba presente y que he mandado que la lleven á esta casa de enfermos en que ejerzo mi profesión. Esto es muy natural, y para que lo sea más diré que el drama ha ocurrido muy cerca, en el *boulevard* Montparnasse. Explicaré que por otra casualidad le he encontrado á usted y que está al lado de la herida. La madre querrá venir aquí en seguida ; pero diré que la casa tiene una regla muy estricta y que nadie puede entrar después de las nueve. Esto sí es verdad. Al salir pasaré por ese establecimiento para que, en el caso de que su madre venga contra mi voluntad, no me dejen por embustero Así ganaremos esta noche por lo menos, que es lo que conviene. Mañana, usted mismo decidirá lo que quiere y puede decir... Esta noche, una palabra de introducción en su tarjeta bastará... Y ahora tengo que pedirle que sea usted verdaderamente un hombre. Ademar está ahí... Es preciso que usted permita que me le lleve, sin que usted le mire ni le hable. Usted no se moverá de la cabecera de la cama... Pondremos por delante un biombo. Es muy importante que ella por lo menos no le vea ni lo oiga pasar. Yo no respondería de su razón si en el estado en que se encuentra sufriese nuevas emociones. Todo depende, pues, de su serenidad, señor Monnerón. Quizá tendría derecho á exigírselo, pero me limito á recordarle que, á más del peligro de orden físico, un escándalo aquí daría por resultado un epílogo judicial...

— No había necesidad de este último argumento,

respondió el hermano ofendido ; los otros bastaban. Llévese usted á ese hombre, que yo no le miraré ni le hablaré. Para mí ha muerto ya...

Es verdad que, á más de tener que evitar á su hermana una emoción acaso fatal, el honor reclamaba que Juan respetase á su antiguo amigo en estos momentos en que éste acababa de ser herido por Julia y se callaba. Sin embargo, de todos los tormentos que había pasado en estos últimos días, ninguno le había causado más dolor al hijo de José Monnerón que el que pasó á la cabecera de su hermana, oyendo á través del biombo que se abría una puerta tan suavemente que la enferma no lo oyó. Pero él sí oyó los pasos del traidor apagados por la mullida alfombra, y hasta su resuello reprimido. La ira salvaje, animal y moral á la vez, de un hombre ultrajado en lo más vivo de su persona moral, le arrebataba, sin poder siquiera apretar con más fuerza los delgados dedos calenturientos que tenía entre los suyos. Si su rencor contra Rumesnil no hubiera provenido más que del orgullo ofendido, hubiese sentido una alegría feroz en pensar que este joven tan orgulloso y altanero se iba de su propia habitación como un ladrón, como un cobarde. ¡ Qué le importaba á Juan una satisfacción de amor propio cuando tenía delante un espectáculo semejante de desgracia humana, y en el pensamiento la perspectiva de un golpe tan terrible para su familia — bien desordenada por cierto y bien incoherente ! — Después de todo, ni su padre ni su madre habían merecido que les hiciese semejante traición una persona á quien habían recibido en su casa con tanta confianza. ¡ Qué palabras tan tiernas había empleado el taimado aquella misma mañana para desvanecer sus sospechas ! ¡ Y él, el amigo burlado no escupiría jamás su vergüenza á la cara del miserable ! ¡ Le dejaba mar-

char sin vengarse, y el otro se creería en paz con su víctima por haber recibido una leve herida y haberla perdonado!... Todo había acabado. La puerta de la habitación acababa de cerrarse, y luego la de la casa. El ruido de un coche en marcha anunció al hermano que se le escapaba su enemigo para siempre. Ese coche era el mismo en que él había venido de la *Unión Tolstoi* á la calle de Estrées. Su imaginación le representó á Rumesnil sentado en el mismo rincón al lado del doctor Graux, que tendría la misma expresión severa y triste... Y se volvió hacia su hermana, cuya mejilla demacrada acarició con triste ternura, encontrando en el sentimiento del deber cumplido para con esta pobre criatura, la fuerza de no estallar en furiosa rabia contra Rumesnil, contra sí mismo, contra la vida...

Cruel principio de una velada ya tan penosa en aquel sitio, y que debía pasar toda entera en meditaciones calenturientas por la angustia de lo que estaría pasando en la calle Claude Bernard, y por el terror de lo que iba á pasar mañana... Las horas se deslizaban al acompasado movimiento de la péndola del reloj colocado en la chimenea, cuyo fuego se estaba apagando. El suave aliento de Julia, que entonces dormía de veras, se mezclaba á este ruido monótono, así como también, — detalle trivial que aumentaba la melancolía de Juan Monnerón recordándole de una manera brutal y casi grotesca á qué discreciones mercenarias estaba confiado el honor de su familia, — los ronquidos del criado de Rumesnil, que ocupaba el otro cuarto por una precaución del médico. En la calle, se oía el rodar de los coches que pasaban haciendo temblar los cristales de la habitación. Después se oían los pasos de los transeuntes tardíos cuyas voces resonaban con claridad en el silencio de la noche. Una sola bujía estaba encendida detrás de

las cortinas de la cama para que no molestase á la enferma. Esta claridad modelaba el rostro pálido de la pobre joven en perfiles en que el hermano podía leer tantas tristezas comunes á uno y á otro sin compartirlas. La reserva que habían observado uno respecto de otro los había llevado á ambos á esta noche dolorosa en que él la estaba velando. ¿Guardaría todavía este cobarde silencio cuando volviese á ver á su padre dentro de poco tiempo? ¿Ó inauguraría esa resolución de verdad cuya utilidad había proclamado delante de su hermana el día antes por la mañana, y en su corta conversación con Cremieu-Dax por la noche? Si se hacía estas preguntas era porque el carácter no se templa de una vez en un hombre acostumbrado después de tantos años á retroceder ante la sensibilidad de otro. La respuesta no variaba. Cueste lo que cueste, Juan hablaría, se pondría y pondría con él á su padre delante de la realidad verdadera. En un momento dado, esta realidad se impone siempre. Nadie se libra de ella, ni se libra á los que amamos, sino para soportarla con más brutalidad y dureza. La prueba de ello era la historia de Antonio. ¿No hubiera sido mejor que el padre la hubiese sabido en seguida en vez de saberla después de aquella manera? Berthier, lo mismo que Juan, había querido callarse para no dar un disgusto al profesor, y un incidente sin duda con el que no había contado le había obligado á revelarlo todo. ¿Para qué diferir declaraciones inevitables tarde ó temprano? Sí, Juan hablaría. Pediría á su padre que le permitiese llevar á cabo el proyecto formado ya por Julia. Él la acompañaría al extranjero y la cuidaría hasta su parto. ¿Qué otro objeto podía tener ahora su vida más que esta hermana desgraciada? El pacto que le había ofrecido Ferrand y en el que había cifrado tantas esperanzas reprimidas

después de siete días, no existía ya. Este gran burgués francés jamás hubiera prometido su hija Brígida, sólo con la condición de una profesión de fe religiosa, al hermano de una joven seducida, culpable de una tentativa de asesinato contra su amante y de suicidio contra ella misma. En cuanto al otro hermano, era un empleado de banco ladrón y falsario. Juan no podía ya, sin faltar á la lealtad, apelar á la promesa del jueves pasado, presentarse á este hombre tan bueno, á este maestro respetado y decirle : Acepto ser católico, llámeme usted su hijo, callando lo demás. Aquí es donde se imponía el deber de la verdad absoluta. Pero otro deber, no menos absoluto, exigía el silencio sobre la vergüenza secreta de su familia. ¡ Adiós sueño de amor y de matrimonio, acariciado en la penumbra de su pensamiento como un consuelo posible, cierto, de tantas amarguras! La noche seguía avanzando entre estas tristes reflexiones, y en medio de esta infinita desgracia acababa de cumplirse en esta alma el trabajo de la conversión, esta indecible é inexplicable vuelta del ser, cuya completa definición ha dado el Doctor de la gracia cuando después de haber referido el versículo del Evangelio : « Jesús y la mujer adúltera quedaron solos, » añade : « solos, uno enfrente de otro, — *miseria et misericordia...* » Sí, cuando no sentimos en nosotros más que la miseria, es verdad que entonces aparece la fe, si verdaderamente la hemos llamado con el mérito que la suscita que es el tormento de su ausencia. Este estado de sequedad de la fe de Juan Monnerón y que él llamaba una probabilidad muerta, se deshacía, se fundía durante esta velada fraternal. Por la primera vez quizá no se resistía á esta acción de Dios, tantas veces bosquejada en él, y se acababa en un llamamiento hacia un consuelo que no podía venirle ni de

los otros ni de él mismo. Ya no tropezaba contra ningún razonamiento crítico, contra ningún escrúpulo mórboso de los que había tenido cuando, por ejemplo, detrás de su necesidad de creer, adivinaba un deseo oculto de casarse con la que amaba. Su voluntad, quebrantada y vencida, se entregaba al inconcebible poder, principio de todo el universo y de nuestro corazón también, puesto que este corazón es un hecho con la misma razón que otro. Juan sentía este poder, vivo, puesto que en él flota nuestra vida, — inteligente, puesto que de él nace el pensamiento, — piadoso, puesto que de él emana la piedad... Y en un momento de esta interminable noche, su hermana que se había despertado, pudo verle de rodillas al pie de esta cama, teatro de las irremisibles faltas que no expiaba sola. Juan tenía la frente apoyaba en las sábanas, en las que se veían las manchas de sangre de la herida, y estaba rezando... ¡ Vaga y obscura oración, que se parecía al vagido de un niño recién nacido. Este civilizado ¿ no había sido educado como un salvaje por un padre á quien la idolatría de sentido proprio acercaba, y con él á todos los suyos, á una mentalidad de salvajes en lo que se refiere á la vida íntima del alma? Este llamamiento á un socorro extraño era sin embargo una oración, la primera que pronunciaba un Monnerón desde que el funcionario desprovisto de ideas como de costumbres, había fundado esta familia sin centro y sin pasado. La hermana, que aun en la tragedia en que la había precipitado su locura de rebelión, conservaba el orgulloso nihilismo de la educación paternal, se quedó asombrada al ver esta señal de un estado del alma nuevo para los suyos, hasta considerarle como milagroso. Por un involuntario respeto en que entraba algo de cariño por este hermano que era el único que había sabido comprender